

EL SENTIDO DE LAS “COSTUMBRES” EN LAS NARRATIVAS DE DOS FAMILIAS VENEZOLANAS

Leonor Mora Salas

Universidad Central de Venezuela

RESUMEN

Conocer las narrativas que surgen alrededor de la vida familiar y comprender los modos de interpretación de la realidad así como el origen de los significados que se atribuyen a las costumbres fueron los propósitos del presente estudio. Se realizaron entrevistas en profundidad a mujeres y hombres, adultos y adolescentes, miembros de dos familias con estructuras y condiciones de vida diferentes, habitantes de un barrio popular de Caracas. La información analizada con el método de las comparaciones constantes indica que la gente narra sus experiencias familiares sin reservas, estructura su discurso de forma que la *trama* de sus vidas se encuentra con la de los otros que conforman su familia; el modo de vida de las personas está íntimamente relacionado con las costumbres y tradiciones de la vida familiar, con las experiencias de crianza, la educación que cada uno recibe como hijo y la que da a sus hijos.

Palabras clave: vida familiar, familia popular, trama narrativa.

ABSTRACT

THE MEANING OF “CUSTOMS” IN THE NARRATIVES OF TWO VENEZUELAN FAMILIES

This study aimed at knowing the stories that arise from family life, understanding the modes of interpretation of reality and the origin of the meanings assigned by customs and habits. Deep interviews were conducted to women and men, adults and teenagers, who belonged to two families living under different life conditions in a disadvantaged area of Caracas. The data, analyzed through the constant comparison method, indicate that people narrate their family experiences openly, structure their discourse in such a way that the story of their lives matches the story told by other members of the family. The persons' life style is closely related to the customs and traditions of family life, to the way each of them was raised and educated and to the way each of them raises and educates his/her own child.

Keywords: family life, narratives, customs and traditions.

RESUMÉ

LA SIGNIFICATION DES “COUTUMES” DANS LES RÉCITS DE DEUX FAMILLES VÉNÉZUELIENNES

Ce travail a pour but de connaître les histoires de la vie familiale, comprendre les modes d'interprétation de la réalité et l'origine des significations attribuées par les coutumes et les habitudes. Des entrevues profondes ont été conduites à des femmes, hommes, adultes et adolescents de deux familles habitant une banlieue désavantagée de Caracas dans différentes conditions de vie. Les données, analysées par la méthode constante de comparaison, indiquent que les individus relatent leurs expériences de famille sans réserves, structurent leur discours de telle manière que l'histoire de leurs vies correspond à l'histoire racontée par d'autres membres de la famille. Le style de vie des personnes est étroitement lié aux coutumes et aux traditions de la vie familiale, à la manière dont chaque personne a été élevée et instruite et à la manière d'élever et instruire son propre enfant.

Mots-clé: la vie familiale, récits, coutumes et traditions.

RESUMO

O SENTIDO DOS “COSTUMES” NAS NARRATIVAS DE DUAS FAMÍLIAS VENEZUELANAS

Conhecer as narrativas que surgem entorno da vida familiar, compreender os modos de interpretação da realidade e a origem dos significados que se atribuem aos costumes foram os objetivos do atual estudo. Realizaram-se entrevistas com profundidade a mulheres e homens, adultos e adolescentes, membros de duas famílias com estruturas e condições de vida diferentes, habitantes de um bairro popular de Caracas. A informação analisada com o método das comparações constantes indica que as pessoas narram suas experiências familiares sem reservas, estruturam seus discursos de forma que a *trama* de suas vidas se encontra com a dos outros que conformam sua família; o modo de vida das pessoas está intimamente relacionado com os costumes e tradições da vida familiar, com as experiências da criação, da educação que cada um recebe como filho e a que provê para os próprios filhos.

Palavras-chave: vida familiar, família popular, trama narrativa.

1. INTRODUCCIÓN*

La narrativa de las experiencias de vida, particularmente las referidas a las estrategias de socialización de los hijos y a la construcción de valores en la familia, es un tema que resulta de interés para la Psicología del Desarrollo Humano. La familia, independientemente de la estructura que presente, es el contexto principal de desarrollo y formación de la persona, el primer espacio en donde se establecen las bases para que los seres humanos comencemos a definir lo que será nuestra actuación en las diferentes etapas de la vida y emprendamos la construcción de significados sobre la “comunidad de prácticas” que se dan en su seno. Indagar dentro de este contexto sobre las prácticas y reflexiones que allí se hacen puede resultar útil, necesario y oportuno, si queremos comprender la familia de hoy en su proceso y evolución, si pretendemos formular propuestas que contribuyan a su construcción y transformación, porque interpretan el sentir y el vivir de sus miembros.

Este artículo presenta los resultados de una investigación realizada con familias pertenecientes al contexto, la cultura y la condición de vida económica y social “popular”, con el fin de responder a la siguiente interrogante: ¿cómo narra la gente lo que vive y experimenta a propósito de las costumbres de su vida familiar? Los objetivos propuestos son los siguientes: conocer las narrativas que surgen acerca de la vida familiar, comprender tanto los modos de interpretación de la realidad como el origen de los significados que se atribuyen a las costumbres de la vida familiar.

El texto se organiza en cuatro secciones: la primera reúne fundamentos de carácter conceptual y empírico que permiten delimitar el estudio; la segunda describe elementos de orden metodológico y del procedimiento cumplido; la tercera presenta el análisis de los resultados obtenidos; y la última incluye precisiones de carácter teórico.

* El estudio es parte de un proyecto más amplio sobre “Género y vida familiar. Un estudio de significados”, cuya investigadora responsable es la profesora Cristina Otálora, financiado por el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad Central de Venezuela.

La autora expresa su agradecimiento a los evaluadores anónimos, cuyas oportunas observaciones han contribuido a precisar algunas ideas presentadas en el texto. Sus sugerencias, desde luego, no los hace responsable ni de las opiniones emitidas en el artículo ni de los eventuales errores.

2. ELEMENTOS CONCEPTUALES

2.1. La familia popular venezolana

¿Qué representa “lo popular”? Lo popular hace referencia a una cultura, pero también a una condición de vida. Ambas, condición y cultura, funcionan de manera interdependiente, representan modalidades que logran diferentes expresiones de orden social y psicológico en sus miembros, y trascienden los límites geográficos en tanto muestran adaptaciones comunes a problemas cotidianos. De allí que entre sus miembros se encuentren “notables semejanzas en la estructura familiar, las relaciones personales, la orientación temporal, los sistemas de valores y los hábitos relativos al empleo del dinero” (Lewis, 1983, p. XLVI).

La “cultura de la pobreza” (Lewis, 1975; 1983) no solo representa restricciones económicas, privación y escasez, sino también constituye modos de sobrevivencia que las personas desarrollan frente a ese estado de cosas. Una caracterización que muestra rasgos distintivos de los individuos pertenecientes a esta “cultura” incluye el presente como el tiempo efectivo de las realizaciones, y revela la escasa o nula planificación del futuro. Esta concepción del tiempo sitúa la vida en el ambiente inmediato y le otorga un restringido sentido histórico. En lo que atañe a la familia, resaltan hechos como

la iniciación sexual temprana; las uniones libres o matrimonios consensuales; la incidencia relativamente alta de abandono de mujeres e hijos; la tendencia a la familia centrada en torno a la mujer o a la madre [...] la falta de intimidad; y el énfasis verbal en la solidaridad familiar (Lewis, 1983, p. L).

Algunos estudios realizados en Venezuela, dentro de los cuales se incluyen los trabajos de Moreno (1993; 1994; 1995) y Hurtado (1995a, 1995b), permiten definir “lo popular” como un modo y como un mundo de vida. Por esto se considera que “el hombre de nuestro pueblo no es individuo sino relación. La convivencia lo constituye por dentro [...] ha logrado formar comunidad como entramado de relaciones de vecindad convivial” (Moreno, 1994, pp. 106-107).

¿Qué caracteriza a la familia popular venezolana? La estructura que configura a la familia popular de los centros urbanos en Venezuela es heterogénea y su representación es clara en la diversidad de uniones existentes, en el número y en el tipo de miembros que conforman a estos grupos. En la

dinámica interna de la familia, por el contrario, ocurre un proceso homogéneo: la madre y los hijos, y la relación que se da entre ellos, distinguen a la familia popular. Este fenómeno que ocurre en el interior de las familias es conocido como “matricentrismo” (Moreno, 1993, 1995) o “matrilinealidad” (Hurtado, 1995a, 1995b).

El “modelo cultural” (Moreno, 1993, 1995) descrito refleja la relación de la madre con los hijos como una práctica de vida que se ha definido históricamente. El vínculo de la madre con los hijos es permanente, durable en el tiempo, su fortalecimiento depende justamente de la intensidad de las vivencias. Es exclusivamente la madre la que se constituye, para el hijo, en fuente de profundos y sólidos afectos. Por el contrario, la figura del padre está ausente; con él solo es posible establecer vínculos débiles; en este caso, lo que se fortalece en lugar del vínculo es el sentimiento perenne del abandono (Moreno, 1995).

La trama de relaciones que se dan en la familia converge en un centro que ocupa la madre, condición esta que le otorga a la mujer una ascendencia especial sobre los hijos y el hogar (Navarro, 1998). Esto es así porque tanto la casa como el hijo pertenecen a la mujer (Rodríguez, 1998, p. 354). Es a partir de este núcleo relacional que se gesta la convivencia comunitaria; desde allí se forman sus raíces y se fija la vida misma de los individuos. La familia es el primer ámbito relacional y el espacio donde se genera la comunicación, prácticas que surgen de la trama familiar y se hacen extensibles a la vida en comunidad. De esta forma, lo vivido comunitariamente es raigambre y fruto del modelo cultural que se comparte en el espacio concreto de la familia y en el contexto ampliado de la comunidad.

A esta vida de relación que se proyecta a la comunidad subyacen elementos propios de la heterogeneidad familiar en los sectores populares, aquellos que están relacionados con las condiciones de existencia y sobrevivencia, los “niveles organizativos de la familia popular-urbana” (Hurtado, 1995b, p. 196). Estos niveles se conforman en dependencia de la “estructuración de lo popular”, a partir de la cual el funcionamiento de sus habitantes difiere a causa de la existencia de “variados estratos socioeconómicos” que coexisten en el mismo sector popular.

2.2. Costumbres de la vida familiar

¿Qué define las *estrategias de socialización* de los hijos y la *construcción de valores en la familia*? La familia es el contexto primordial de desarrollo y formación de la persona en tanto le proporciona un “marco ideal para socializarse” (Ceballos y Rodrigo, 2001). El marco de socialización está conformado por normas, valores y modos de actuar, los cuales facilitan la adaptación social y la continuidad del desarrollo personal. La familia es también una “comunidad de prácticas” (Rodrigo y Acuña, 2001) con significado común para sus miembros, pues estas permiten el aprendizaje de conocimientos, estrategias y rutinas útiles para el desenvolvimiento en diferentes espacios de interacción social.

En el marco dado por los procesos de socialización y desarrollo del individuo se inscriben las prácticas de crianza, en las cuales se congregan contenidos de diferentes tipos: “creencias (valores, mitos, prejuicios), pautas (patrones, normas, costumbres) y prácticas (acciones)” (Luna, 2000, p.1). A partir de esas prácticas, en la familia –que es el núcleo inicial de intercambio humano– los individuos definen formas y expectativas de desarrollo personal-social; de este modo la familia se convierte en el referente más importante para sus miembros y para el grupo social al cual esta pertenece.

Los padres, en tanto transmisores de la cultura de la época, seleccionan las costumbres y tradiciones que evalúan como adecuadas para enseñar y compartir con sus hijos. Es así como la cultura facilita “espacios, actividades y procesos participativos mediante los cuales los adultos enseñan a los pequeños asegurándose de este modo la transmisión cultural de generación en generación” (Rodrigo y Acuña, 2001, p. 261). También desde la cultura se definen tendencias compartidas respecto a las expectativas de los padres acerca de los hijos (Palacios, Moreno e Hidalgo, 2001), pero es fundamentalmente de las “interpretaciones” (García, Ramírez y Zamora, 2001) que hacen los hijos acerca de la conducta de sus padres y de las experiencias de interrelación (las cuales se definen según las similitudes y diferencias de los valores) que estos desarrollan con respecto a lo aprendido en la familia.

A consecuencia de la influencia cultural aparecen patrones comunes relativos al papel que desarrollan el padre y la madre en la familia, la comunicación intrafamiliar y la educación moral y afectiva de los niños. Así lo indican los resultados de la investigación desarrollada por Luna (2000), quien

—a partir del estudio de la crianza en la experiencia de la vida cotidiana de familias campesinas— logró determinar que las diferencias en creencias, costumbres y prácticas relacionadas con la crianza acompañan a estos patrones culturales compartidos. Este hecho podría tener respuesta en que “los mitos que instauran ciertas formas de concebir la realidad, que caracterizan ciertas creencias, que orientan ciertas prácticas, han venido desplazándose del lugar que ocupaban en la tradición” (p. 11), por cuanto la tradición de las familias “se ha ido cargando de nuevos discursos, [...] ha habido un descentramiento de una única y legítima cosmovisión, y [...] aparecen coexistiendo (y quizás imponiéndose), nuevos lenguajes, nuevas visiones del mundo” (*ibidem*). En suma, la relatividad de las perspectivas y de las maneras de concebir el mundo busca situarse en la dinámica social y con ello dar flexibilidad a las formas de vida.

2.3. *Lo vivido* y su narración

La forma como la gente narra lo que vive y experimenta nos lleva a situarnos en una cualidad humana que se manifiesta en acciones y prácticas de contar, idear, evocar, tramar, transformar, realzar, abreviar las propias experiencias vividas. Esta cualidad, que pertenece al ámbito de lo particular pero ocurre y se produce en contextos sociales (Córdova, 1995), refleja la experiencia intersubjetiva de los modos de relación entre los seres humanos, las formas de comunicación y las maneras compartidas de interpretar el mundo.

En el espacio colectivo, las historias que se construyen representan una unidad de sentido, reflejo del tiempo en el cual se inscribe la historia: “Es como si la identidad de una persona, la forma de una vida humana concreta, el sentido de quién es y de lo que le pasa, solo se hiciera tangible en su historia” (Larrosa, 1996, p. 28). Las historias que nos contamos —además de representar la trama de vida personal, porque al contarlas interpretamos lo que significa para nosotros lo vivido— constituyen el medio posible de la comunicación y comprensión de la vida de los otros, son un recurso para la construcción y transformación de la historia de cada uno.

El valor intrínseco de las historias está simbolizado por un conjunto de factores estrechamente vinculados: a) el carácter humano presente en la construcción, *interpretación* y representación de sí mismo que hace cada protagonista; b) la trama que conforman en su contenido las *acciones e intencionalidad humana* y se manifiesta en una mezcla entre lo real y lo

imaginativo; c) el *contenido cultural y subjetivo* que entrañan, “habla” a su vez de un hombre y de los hombres; d) el poder que tienen para la *negociación social* y para narrar el mundo desde sus épocas más remotas; e) el carácter *humano* que comportan las historias permite aceptar como una propiedad, también humana, el hecho de su transformación (Bruner, 1991).

La vida como “historia que se despliega” (Larrosa, 1996), adquiere la estructura de una novela que interpreta lo que somos, en tanto trama narrativa provista de sentido, tiempo, contexto, acciones y personajes. Estas narraciones comprenden en sí mismas, entre otras propiedades (Bruner, 1991): a) una *secuencia* de hechos que les acontecen al protagonista y a los personajes de la historia, de allí que el sentido que protagonista y espectador dan a la historia responda al significado global de la trama que en ella se urde, independientemente de la *verdad o falsedad* de los contenidos; b) una expresión de los vínculos que se establecen en la historia entre lo *excepcional y lo corriente*, vínculos que permiten la negociación de significados y sirven de soporte a la cultura a la vez que la recrean, pues por su *carácter dramático* traducen lo moralmente valorado, apropiado e incierto; c) un conjunto de hechos que se dan en un *pasaje dual* por cuanto suceden en el mundo de lo real y en la conciencia del que construye la historia.

Las consideraciones teóricas señaladas previamente nos permiten ubicar históricamente el presente estudio, en el cual nos preguntamos: ¿cómo narran los miembros de familias populares de un barrio de Caracas lo que viven y experimentan a propósito de las costumbres de su vida familiar?

3. METODOLOGÍA

Se desarrolló una *investigación cualitativa* cuyo objetivo es el estudio de la vida cotidiana desde el enfoque que dan los propios actores (Marshall y Rossman, 1989; Strauss y Corbin, 2002). Esta selección obedece al interés investigativo de captar el sentido que subyace a lo que se narra respecto a lo que se vive (Banister, Burman, Parker, Taylor y Tindall, 2004). Se utilizó el *estudio instrumental de casos* (Stake, 1999) como estrategia para abordar la diversidad presente en cada grupo familiar y para profundizar en el conocimiento de cada uno de ellos.

3.1. Participantes y escenarios

Los grupos familiares fueron seleccionados atendiendo a los criterios de “heterogeneidad y accesibilidad” (Valles, 2000, p. 91). En cuanto a la heterogeneidad, se buscó respetar la variabilidad existente tanto en las estructuras familiares, como en el número y tipo de miembros que las componen.¹ Este criterio contribuyó a la comprensión del fenómeno desde la diversidad de perspectivas ofrecida por cada participante. La accesibilidad a las familias se garantizó por el conocimiento previo del contexto y de algunos de los grupos familiares, quienes fueron participantes en trabajos de investigación realizados previamente en el mismo sector (Recagno-Puente, 2002). Otras decisiones de muestreo implicaron la selección de los casos por cada grupo familiar o “muestreo de casos” (Flick, 2004, p. 75), durante el proceso de recolección. Para esta selección se consideraron los criterios de género, edad y tipo de parentesco, lo cual determinó la participación de mujeres y hombres, adolescentes y adultos, hijas e hijos, madres y padres. Adicionalmente, y para efectos de publicación, se utilizó el “muestreo para la presentación” (Flick, 2004, p. 75), una selección de los relatos de los participantes sobre el material más ilustrativo de los conceptos trabajados en la producción teórica.

Los datos que se indican en este artículo corresponden a siete informantes: mujeres adultas (2), adolescentes (2), hombres adultos (2) y adolescentes (1), miembros de dos familias que habitan en un barrio popular de la ciudad de Caracas. Los dos grupos familiares tienen las siguientes características:

a) *Familia González*. Presenta la estructura de *madre sola con diez hijos*. La madre proviene de una familia tachirense, tiene treinta y cinco años y ha mantenido relación de concubinato con dos hombres: con el primero tuvo siete hijos, con el segundo, tres. Los hijos tienen edades comprendidas entre los 3 y los 19 años. El nivel educativo de la madre es de 6º grado aprobado, los hijos mayores han alcanzado a culminar algunos grados de la tercera etapa de Educación Básica; los hijos menores asisten a la primera etapa. El ingreso en la

¹ A partir de este criterio se seleccionaron dos casos contrastantes dentro del medio popular venezolano, pero no por ello, excluyentes de la diversidad en estructura que presenta la familia venezolana. El interés aquí no fue reflejar la representatividad de la heterogeneidad, sino acceder a ella a través de dos casos que presentan estructuras diferentes.

familia es variable, pero siempre restringido. Ningún miembro del grupo tiene trabajo fijo; eventualmente, la madre y el hijo mayor trabajan a destajo. La madre vende en su casa mercancía seca (cigarrillos y pan), y ocasionalmente recibe el apoyo de familiares vecinos de la zona. Habitan en el sector más alto del barrio, en un terreno con características de inestabilidad, una vivienda sin servicios de agua y electricidad, con espacios restringidos y escaso mobiliario en condiciones de deterioro.

Los informantes son: Elsa, 35 años, y tres hijos adolescentes nacidos de su primera unión: Yorman, 18 años; Yari, 17 años; y Yasmín, 15 años.

b) *Familia Mendoza Martínez*. La estructura familiar es de pareja unida en concubinato con dos hijos. Los padres proceden de la zona central del país y han vivido siempre en el barrio. La pareja lleva 23 años de vida en común y tiene dos hijos de 22 y 11 años, respectivamente.

El nivel educativo del padre es secundaria completa y el de la madre técnico medio en el área de la salud. El hijo mayor es bachiller y espera su ingreso a la universidad, la hija cursa la segunda etapa de Educación Básica. Los padres trabajan fuera de la casa, uno y otro comparten el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos. Habitan en la zona intermedia del barrio en una casa de dos plantas con áreas independientes para cada miembro, dotación de servicios, infraestructura y mobiliario en buen estado.

Los informantes son: el padre Francisco (43 años); la madre Gisela (41 años); el hijo mayor Jesús (22 años).

3.2. Método para la recolección de la información

Se realizaron entrevistas cualitativas en profundidad (Taylor y Bogdan, 1990) con el uso de distintos guiones para atender a las diferencias de edad y género de los participantes. Los temas abordados, de los que se tomaron elementos de las narrativas para ser utilizados en el desarrollo de este artículo, fueron: la noción de familia; los hijos; las funciones de cuidado y socialización; las funciones de ocio y recreación; el trabajo doméstico; los valores familiares; la relación con el espacio público. El procedimiento de recolección comprendió dos o tres sesiones de entrevista por cada uno de los participantes, incluyendo la revisión de la información obtenida. Las entrevistas se realizaron en las casas de cada una de las familias. La duración de cada sesión fue variable según la edad y características del informante; en promedio alcanzó los 60 minutos. En la recolección participamos como entrevistadores cuatro integrantes del equipo

del proyecto, pues se consideró la relación intergenerática de los entrevistadores con los entrevistados, en la búsqueda de alcanzar mayor rapport y proximidad con las vivencias y experiencias de los participantes.

3.3. Método para el análisis de la información

Se utilizó el “método de comparaciones constantes”, con el propósito de generar teoría fundamentada o teoría que se origina de la información recopilada (Strauss y Corbin, 2002): a través de los datos se ilustra una teoría que permite la comprensión de aspectos relacionados con la vida de familias populares venezolanas, en tanto los conceptos y proposiciones que definen esa teoría expresan el sentido de las costumbres de la vida familiar y el origen que tienen los significados que a ellas se atribuyen. El uso del método contempló la actividad de análisis de la información en desarrollo paralelo con la recolección; en el procedimiento se cumplieron las diferentes etapas de codificación inherentes al método: codificación abierta (identificación de conceptos), codificación axial (análisis intenso de conceptos y relación entre ellos), y codificación selectiva (conceptualización y refinamiento de la teoría).

4. ANÁLISIS. CONTINUIDADES Y DISCONTINUIDADES DE LAS COSTUMBRES FAMILIARES

4.1. Continuidad intergeneracional de principios

En el grupo de la familia González (Elsa, Yorman, Yari, Yasmín) se puede observar, a partir de la narrativa de sus miembros, la existencia de principios que son propios de las familias andinas. Los elementos comunes son: 1) la rigidez en el cumplimiento de las pautas educativas que se aspira a que permanezcan invariables en el tiempo, independientemente de los contextos de la crianza, de los intereses y necesidades de los jóvenes; 2) la obediencia irrestricta de la norma, la cual define un comportamiento apegado a una moralidad heterónoma, es decir, ajeno a la crítica, impulsado por el temor a la autoridad; 3) la actitud intimidatoria que asume la madre frente a los hijos, lo que genera en ellos temor frente a la figura de respeto.

En la familia González es posible apreciar una continuidad de principios entre las generaciones. Tales principios se vinculan con el hecho de desear para los hijos buenas compañías y buenos amigos, así como el cultivo de logros que son el producto de la constancia y del trabajo, antes que su obtención por la vía

fácil. En coherencia con tales ideales, existe un conjunto de prohibiciones que rigen el funcionamiento cotidiano. La calle es el centro de las amenazas y los peligros; por ello, la estancia en ese lugar es motivo de restricción constante, además de constituirse en causa de la amenaza verbal y razón del castigo físico. Este tipo de prohibición pareciera ser no solo una manera de mantener en resguardo a los hijos, sino también una forma de establecer y garantizar el control sobre ellos.

El aislamiento y el escaso contacto con la calle perfilan un modo de vida y una forma de interrelación; condicionan también un estilo para la crianza de los hijos en las generaciones siguientes. En otras palabras, la calle también es un lugar prohibido para los hijos y para los hijos de estos, muchas veces con la pretensión de que no medien ni atenúen esta prohibición las edades e intereses de ellos, quienes pertenecen a otro contexto histórico-cultural, según lo ilustran las palabras de Elsa:

[mi mamá] era una persona que no le gustaba que nosotros estuviéramos en la calle, ni que hiciéramos bochinche en la calle ni nada de eso. Yo me crié, por lo menos a mí no me gustan fiestas, no me gusta así bochinche, no me gusta estar así en la calle ni nada de eso; me gustaría que ellas también fueran así pero es difícil porque ya a la edad de ellas lo que quieren es estar en fiestas. (F1, Elsa)

El estilo de crianza, el modo de vida y las prácticas que fueron objeto de modelaje por parte de la madre de Elsa se trasladan a la crianza de sus hijos. A esta transferencia de creencias y prácticas subyace el valor que se otorga al esfuerzo, al trabajo, a la dedicación en el cuidado de los hijos, en unas condiciones de vida signadas por una gran austeridad:

Yo la admiro porque ella [mi mamá] fue la que nos levantó sola y ella siempre trabajó pa' darnos a nosotros lo que nosotros necesitábamos, siempre y ella nunca se desmayó, se dejó decaer porque ella estaba sola, siempre luchó pa' sacarnos a nosotros adelante. (F1, Elsa)

Las hijas de Elsa juzgan de manera positiva la posibilidad de repetir los patrones y prácticas del hogar que aprenden de la madre. En sus proyecciones, se distingue una correspondencia de las expectativas de estas adolescentes con respecto a sus hijas (quienes representarían la cuarta generación), al pretender conseguir que estas puedan repetir los aprendizajes que ellas obtuvieron de la madre, específicamente los que se refieren al desempeño dentro del hogar, como puede observarse en las afirmaciones de Yari:

En algunas cosas sí [se parece a la madre], somos oficiosas porque a mí me gusta hacer oficios como ella [le gustaría que una hija suya] [...] fuera oficiosa y que me ayudara, que fuera como yo. (F1, Yari)

En la familia González, el desempeño eficiente en el trabajo doméstico generalmente ocurre no solo por determinación cultural, sino por la responsabilidad temprana que debe asumir la hija en el cuidado de los hermanos, cuando la madre necesita salir a trabajar fuera del hogar. Elsa considera que la crianza recibida de la madre no estableció distinción por género; sin embargo, el hecho de que solo ella hiciera el trabajo de la casa, como una responsabilidad propia y distintiva frente a los hermanos varones, constituye una discrepancia con respecto a lo deseado por la madre para ellos y lo determinado como práctica con la hembra. Probablemente, la igualdad a la que alude esta confesada *indiferenciación* es la inapreciable preferencia de la madre frente a unos hijos con respecto a otros.

A través de su discurso, Elsa repite este esquema: confiesa que ella pone en práctica con sus propios hijos la misma actitud que tuvo la madre. Reafirma que la igualdad establecida frente a los hijos tiene que ver con la ausencia de preferencias por alguno en particular y con la deferencia de afectos que se da por igual a todos ellos. El marcar funciones diferentes de los varones con respecto a las hembras permite suponer que existen prácticas educativas heterogéneas, aunque tal distinción no se manifieste abiertamente o no se establezca concientemente.

En esta familia, los contenidos de la crianza los define la madre por tradición y circunstancias comunes a la primera y segunda generación. Se intenta reproducir el modelo recibido en el hogar materno, en el cual la intervención del padre, cuando este ha estado presente, es limitada en el momento de fijar normas, exigencias y controles; su participación alcanza solo el acuerdo tácito frente a los motivos y medios de la reprensión de las faltas cometidas por los hijos. Cuando la familia enfrenta situaciones de ruptura e inestabilidad constante, a Elsa le parece difícil que ella sola, como madre, genere en sus hijos el mismo respeto y temor que ella siente hacia su propia madre. Se percibe también que existe una conciencia diferente de los cambios en el contexto, lo cual impide que esta nueva generación, la tercera, acepte por igual los modos de vida anteriores:

Con la edad que yo tengo, yo no le levanto la voz a mi mamá ni le respondo, es un respeto muy grande que yo tengo con ella y a mí me gustaría que ellas [las hijas] fueran lo mismo conmigo, pero ya no es igual, será el tiempo, será como se van viendo cosas distintas. (F1, Elsa)

Madre e hijos coinciden en señalar las tareas domésticas y el cuidado de los hijos como prácticas propias de las mujeres; en consecuencia, se debe educar para eso; asimismo concuerdan al indicar que el espacio privado del hogar es el lugar de estancia primordial de la mujer. Por el contrario, en el caso de los varones, se aspira a que su actividad se desarrolle principalmente en el espacio público. En la calle el hijo varón tendrá que cumplir con tareas específicas y desempeñar un rol acorde con su género, por ello la educación que recibe en el hogar está orientada a lograr un comportamiento coherente con estas expectativas.

Las responsabilidades asignadas cultural y familiarmente cuentan con todo un mecanismo de afianzamiento que las sostienen. Se constituyen en tareas altamente reconocidas por quienes se benefician de ellas y este reconocimiento representa una razón de orgullo para quien las realiza. Una premiación que resalta el virtuosismo del trabajo bien hecho, pero instituye, para unos y otros, como exclusivas unas funciones determinadas, además de que circunscribe a las mujeres al espacio privado del hogar, excluyéndolas de la esfera pública, en una época en que ya la mujer ha conquistado la calle para sí.

El cumplimiento de las tareas domésticas es una práctica que la propia madre y sus hijas cultivan en el hogar. La obediencia y la excelencia son altamente y gratificadas, si las hijas repiten la historia personal de trabajo que tiene la madre. Se pretende respetar la misión de enseñar lo que es inherente a eso de *ser mujer*: el acto de ejercitarse en alguna de las prácticas cultural y familiarmente establecidas para las mujeres en el hogar. Las adolescentes pertenecientes a la tercera generación mantienen en su ideario como expectativa de crianza que se las eduque en esta práctica, es decir, en lo que socialmente se espera de ellas. Las muchachas aspiran a que este aprendizaje, que se inicia en el hogar y del cual es responsable la madre, sirva para los diferentes momentos de la vida de la mujer; la maternidad y cuidado de los hijos, la atención del futuro hogar: “Entonces yo digo que el día que yo meta la pata y salga embarazada ya yo sé como criar un bebé, ya mi mamá me ha enseñado todo eso” (F1, Yasmín).

Las hijas también perciben que la crianza de sus hermanos debe ser diferente, pues su espacio de actuación es fundamentalmente fuera del hogar y en razón de eso se les debe enseñar a comportarse y a tener las previsiones que demanda ese lugar. Por su parte, el varón adolescente conserva también en su imaginario –como expectativa de crianza de las mujeres– la enseñanza de las tareas del hogar desde temprana edad. Esto permite ver la distinción en las prácticas de género que se establecen en la crianza que se brinda en el hogar y que asignan espacios de actuación y prácticas de conducta diferentes para mujeres y hombres. De acuerdo con esta concepción, los varones se forman en el hogar con una expectativa respecto de su actuación en la vida de manera diferente a las hembras. En su narración se reproduce el contenido ideológico de los mensajes recibidos en el hogar, los mismos que les dan las pautas de cómo comportarse con sus pares, con los mayores, con las mujeres. En el texto siguiente se ilustra la forma en que la actividad doméstica se asume como “oficio” y no como “trabajo”. El trabajo es solo el que realiza el hombre y lo es en la medida en que el “oficio” no es remunerado, mientras que el “trabajo” sí lo es:

las mujeres son para cuidar los niños y el padre, por eso es que el hombre tiene que trabajar más, yo siempre he dicho que el trabajo se hizo para el hombre no para la mujer, la mujer en la casa haciendo los oficios y el hombre trabajando para traerle a la mujer [...] las mujeres ya las enseñan a cocinar desde pequeñas y los hombres no, porque cuando son pequeños se la pasan echando broma por la calle, en cambio las mujeres no pueden hacer lo mismo, porque ya es diferente, tienen que estar en su casa limpiando, cocinando ... (F1, Yorman)

En correspondencia con las funciones establecidas para varones y hembras, las prohibiciones familiares guardan relación con el comportamiento de los hijos que se califica como inadecuado. La distinción de este comportamiento inadecuado se vincula primordialmente con la actividad relacional de las personas. En este sentido, las buenas amistades, la ausencia de vicios, resultan ser parte tanto de los valores familiares como de los requerimientos que hacen los padres a sus hijos y cuyo desconocimiento se castiga. En el caso particular de las hembras predomina una exigencia, por parte de la madre, relativa al comportamiento *adecuado* frente a los hombres y a la prudencia y recato que deben preservar como mujeres. Esto se complementa con el respeto exigido para el hogar, es decir, la restricción que se les impone a las hijas acerca del hecho de llevar al hogar una pareja. No ocurre así en el caso de los hijos varones.

Las previsiones y cuidados especiales para evitar los riesgos y el peligro se establecen en cuanto a las relaciones interpersonales con *extraños*, y también en cuanto a todo lo que impida repetir una historia de vejámenes, sacrificios y grandes carencias que la madre sola ha debido enfrentar para sacar adelante a su familia. Por esta razón las orientaciones y consejos de Elsa se relacionan con el tipo de vínculos que se establecen y en la necesidad, particularmente de las hijas, de postergar para la adultez el embarazo y de limitar el número de hijos. Las acciones preventivas guardan consonancia con los peligros que comporta la calle; por ello, se privilegia el aislamiento social sobre las malas compañías. Este señalamiento se realiza precisamente por las condiciones de inseguridad que caracterizan al contexto en el que se vive.

De acuerdo con lo que dice la madre, una de las hijas reproduce los contenidos del discurso aleccionador: no repetir la historia de la madre en cuanto a lo que se percibe como negativo o indeseable; se impone para las hembras establecer vínculos afectivos y de relación con personas con las que se compartan valores, y no con aquellas que puedan no tener esos mismos valores, como, por ejemplo, su padre. En su discurso, también las hijas reflejan que tienen interiorizada la necesidad de no tener una familia numerosa, pues han vivido de cerca las dificultades a las que ha debido enfrentarse su madre sola para sostener a una familia grande.

Con el hijo varón, la prevención sobre la cual insiste la madre es diferente. El hombre debe tener temprano a sus hijos y asegurarse así los cuidados y la compañía necesarios para la adultez y la vejez. Sin embargo, frente a un embarazo no deseado, lo que se espera es que el hombre asuma inmediatamente la responsabilidad frente al hijo; esta consideración la hace la madre sin desligarse de su propia historia, de su propia condición, tal vez por la posibilidad que tiene como mujer-madre de establecer empatía con otra mujer.

En otro orden de costumbres familiares, para la madre de esta familia, resultan ser objeto de castigo todas aquellas conductas de sus hijos que supongan un riesgo para tener una vida, desde el punto de vista moral, diferente a la que ella ha tenido como madre. En este sentido, se busca conservar la obediencia y el respeto hacia la autoridad como un medio para mantener el control sobre los hijos; se castigan también las conductas que desvíen la atención y dedicación a los estudios; es decir, se resguarda con gran celo el cultivo de un proyecto de vida diferente al propio. El castigo físico aunque no es lo deseable, resulta ser el instrumento correctivo más eficaz.

Abandonar temporal o definitivamente los estudios es una razón de peso para infligir castigos a los hijos. Visto así, los estudios, la independencia y logros que estos consiguen para mejorar sus condiciones de vida son los elementos que se valoran como más importantes en la familia González. La madre hace los mayores esfuerzos para estimular la realización de esos proyectos y en destacar sus beneficios.

4.2. Las tradiciones van cambiando

En la familia Mendoza-Martínez (Francisco, Gisela, Jesús) se observan variaciones en la forma de relación de los padres con sus hijos, en las pautas que se establecen para la crianza, y en el respeto, que según se percibe, guardan los hijos respecto a las exigencias de los padres. Estos modos que se pueden apreciar en la vida y la relación familiar son diferentes con respecto a la generalidad que se advierte en el contexto. En este caso en particular, la reflexión que hacen el padre y la madre con respecto a su propia experiencia de crianza en sus familias de origen los ayuda a realizar ajustes en sus funciones y comportamiento como padres. La reflexión colectiva, en la cual participan todos los miembros de la familia, acerca de la forma de crianza que utilizaron los abuelos paternos y maternos, a su vez permite crear un mecanismo de evaluación compartida y de regulación de las actuaciones de unos y otros; posibilita también evaluar el comportamiento de otras familias y establecer comparaciones con la propia.

Una postura crítica de los padres de la familia Mendoza-Martínez frente a las experiencias de vida pasadas y al modelo recibido de sus padres intenta marcar nuevas formas y establecer una distancia entre lo que fue su crianza con respecto a la crianza de sus propios hijos. Esto, concretamente, porque en su vida familiar estuvo presente el maltrato a la madre y a los hermanos según se desprende de los siguientes fragmentos:

me acuerdo que mi papá, cuando nosotros estábamos chiquitos, mi mamá no trabajaba y él llegaba: “¿hiciste la comida?, ¿los muchachos comieron?, sácame las cholas” y nosotros le sacábamos las cholas, después se volvía a parar y mi mamá le hacía comida, lavaba, él se iba, venía, a veces se desaparecía un mes, dos meses, para mí eso lo que era, es como, no joda, como una enfermedad mental porque ahora tú analizas y qué ganan ellos con ese carácter y entonces afuera tenían otra mujer, a veces le pegaba a mi mamá también. (F2, Francisco)

mi papá era demasiado estricto ... nosotros no salíamos para la calle, no podíamos andar en fiestas porque si nosotros salíamos para una fiesta y se pasaba

la hora nos cerraba la puerta y después nos daba una paliza ... uno no podía estar hablando así con alguien porque en la calle lo hacía pasar pena ... (F2, Gisela)

Francisco, el padre de esta familia, tiene un rol diferente con respecto al modelo de su padre. Esta práctica responde a la necesidad de romper con una tradición que no aprueba, porque rememora la violencia del padre contra la madre, los hijos e hijas. Es así como incorpora a sus funciones comportamientos que resultan impensables respecto al modo utilizado por su padre. En la tercera generación, los hijos perciben el cambio en los patrones de crianza, observan diferencias al comparar la crianza recibida por sus padres y la que ellos han tenido. Se cree que los esquemas y pautas de crianza se deben a un contexto que sirve como regulador y que interviene en las prácticas que una generación determinada realiza en cada uno de sus respectivos espacios.

Desde la experiencia, se distingue incluso una modificación de los castigos; con el cambio generacional, se observa también una relación de mayor permisividad frente a los hijos, lo que a la larga genera limitaciones al impedir consecuencias graves por la falta de atención y guía. Tal vez lo apropiado sería alcanzar un punto de equilibrio que permitiera un tránsito adecuado entre la delimitación de normas y la reprensión ante su incumplimiento, así como en el cuidado, vigilancia y orientación oportuna de los hijos.

En opinión de Gisela, ella cría a sus hijos sin aparentes diferencias, aunque los hijos perciben una distinción en la forma de trato. Probablemente, la diferencia de edad entre el varón (22 años) y la hembra (11 años) hacen suponer que el trato sea diferente. Esto, en sí mismo, no implica para la madre una diferencia en el sentimiento hacia sus hijos. La aparente indistinción del género en la crianza no es tal, dadas las previsiones que se tienen con respecto al hijo y a la hija. El contraste relativo al género y a la edad se observa frente a los riesgos que se perciben en el crecimiento de la hija, aún pequeña, con relación al varón, quien es ya un adulto joven. El temor frente a los problemas relacionados con el crecimiento de la hija es mayor al tomar conciencia de las inseguridades a las que se enfrentan las niñas, las jóvenes y las mujeres en general ante las evidencias concretas del entorno inmediato: abuso sexual, embarazos tempranos, abandono de la pareja, descenso en su calidad de vida, cambios en los planes de vida, entre otros.

En correspondencia con los temores que manifiesta Gisela con respecto a los riesgos inherentes al crecimiento de la hija, existe la disponibilidad de Francisco para encargarse de la orientación sexual de la hija de acuerdo con sus necesidades. Pareciera que la influencia de la autoridad que representa el padre en esta familia puede constituirse en un recurso de contención para librar a la hija de los peligros que la amenazan. Además, cuando el padre se adjudica este tipo de responsabilidades, logra comprometerse con su familia y, particularmente, con sus hijos de una manera diferente a la forma como lo hacen aquellos padres que trabajan a tiempo completo en la calle, que no se ocupan de las tareas domésticas, y que no interviene en la crianza de los hijos porque la madre asume en su totalidad esta tarea. Esto significa que el padre asume aquí el rol de educador de la hija y del hijo, rol que generalmente corresponde a la madre de acuerdo con la distribución de roles de género en las familias tradicionales.

Junto a la actitud del padre, hay por parte de la madre una disposición frente a la formación y el ejercicio de la sexualidad de sus hijos. Esta tarea se facilita por el hecho de que la madre trabaja en el área de la salud y por las características propias del área de trabajo donde ella se desempeña en el hospital. Esta apertura de la madre se refuerza con la confianza que reina en la familia, la cual permite discutir el tema de la sexualidad.

Es claro que para esta madre la realización de los hijos en el plano educativo es una aspiración prioritaria en cuanto a otros proyectos de su vida futura, como, por ejemplo la formación de pareja y el tener hijos. Gisela aspira a que sus hijos alcancen un nivel de vida superior al que han tenido hasta ese momento, como ya lo hicieron ella y su esposo con respecto a sus propios padres. Tal vez el valor que tienen los hijos para esta madre sea lo que la motive a tener grandes expectativas con respecto al futuro de ellos.

De acuerdo con las aspiraciones de sus padres, Jesús señala su interés por prepararse para tener estabilidad y bienestar personal en un futuro, y así poder emprender acciones que impliquen a otros. Para él resulta claro que proponerse mejoras en la calidad y condiciones de vida significa salir del barrio:

lo que aspiro: tener hijos, pero quiero tener hijos cuando tenga estabilidad económica, después que haya terminado mis estudios, que esté trabajando y tenga un trabajo estable, que gane bien y no vaya a perder mi trabajo por X causa, no quiero traer niños al mundo para que tengan que estar pasando trabajo, cosa que veo mucho por aquí con mis propios amigos que embarazan a las

muchachas y después andan por allí pariendo: que si pa' un paquete de pañales, que si pa' un litro de leche, a mí no me gusta eso, nunca me ha gustado. (F3, Jesús)

En el plano de los valores familiares es posible observar un marcado interés por la conservación de las tradiciones familiares por parte de los hijos de la familia Mendoza-Martínez. Entre esas tradiciones se destaca el respeto para cada uno de los miembros, el resguardo a la privacidad del hogar, y la preservación de los haberes familiares. El mantenimiento de los valores familiares –las cosas en las que la familia debe creer– son motivo de preocupación para el padre, quien entiende que la condición de ser habitante de un barrio y el pertenecer a una clase social determinada constituyen elementos de riesgo para la formación de los hijos; estas condiciones, sin embargo, no excluyen la posibilidad de educar a los hijos en el resguardo de las tradiciones familiares.

La defensa de la privacidad, de la intimidad personal y del hogar, es uno de los valores que existen en la familia Mendoza; de hecho, la infracción de cualquiera de estas normas es motivo de reclamos y discusión por parte del padre. Para él, la conservación de estos valores es indispensable no solo para la tranquilidad del hogar, sino para la protección y resguardo de la integridad de la hija, la persona considerada como más vulnerable frente a la presencia de otros hombres extraños a la casa. Asimismo, mantener la paz familiar evitando reuniones y otras actividades que interrumpan la armonía cotidiana del hogar son hechos altamente apreciados especialmente por parte del padre.

Otros de los valores reconocidos por todos los miembros de la familia son la conservación y el cuidado de las pertenencias. Estos valores se fortalecen a partir de las carencias enfrentadas por el padre y la madre durante su niñez y adolescencia, así como de la evaluación que como adultos hacen del medio donde habitan. Enfrentar situaciones de pobreza y la carencia de condiciones mínimas para sobrevivir es una experiencia que quieren evitar a sus hijos. Por esta razón, el padre y la madre, a través de sus acciones, ponen el mayor empeño en alcanzar un nivel de vida diferente para sus hijos y demostrarles que la vía para lograrlo es el esfuerzo sostenido.

En estrecha relación con el respeto, existe en la familia Mendoza-Martínez, una práctica prohibida y rechazada por todos sus miembros: el maltrato. La vivencia de haber tenido un padre que maltrataba a la madre y los

hermanos, y de percibir un carácter sumiso por parte de la madre, lleva a los padres de esta familia a marcar distancia con la violencia en el hogar y a promover en los hijos valores como la confianza, el respeto y la comunicación entre sus miembros. El maltrato genera rupturas, dolor y resentimientos en el círculo familiar. Esta es la visión particular de quienes han tenido la experiencia cercana de un padre que somete a su familia y la convierte en objeto de abusos e injusticias; de allí que esta práctica forme parte de las prohibiciones en esta familia. En correspondencia con esta posición de los padres, el maltrato resulta para el hijo una práctica inhumana y execrable, pues el ejemplo de respeto mutuo de los padres, los comentarios alrededor del tema de la violencia y, además, alguna experiencia cercana, hacen que los hijos logren estimar lo pernicioso que es para la familia una práctica de este tipo.

Se observa que en la familia Mendoza-Martínez, lejos de presentar una continuidad intergeneracional de patrones familiares con respecto a sus familias de origen, se han creado formas propias para la educación de los hijos, a partir de la negación y el rechazo de las prácticas que estos observaron en sus padres. Una crianza llena de injusticias y de influencia del dominio del más fuerte sobre los más débiles, caracterizada por la doble moral y el doble discurso, lleva a los padres de esta familia a repensar la crianza de sus propios hijos, y a distanciarse de las prácticas empleadas por sus padres. La referencia a la vida pasada se hace solo para construir un presente distinto que marque clara separación de lo vivido.

Vivir en el barrio representa un modelo de fuerza que compite con las costumbres familiares, aun cuando el arraigo de estas provenga de varias generaciones. Su conservación exige una dedicación y un cuidado especial por parte de los padres, el ejercicio de una dirección clara con una figura de autoridad que no se sostenga por el autoritarismo sino por el respeto inspirado. En este grupo hay una conciencia del cambio en las costumbres y tradiciones de una generación a otra; además, existe la convicción de la necesidad de los cambios en función de las transformaciones histórico-culturales, lo que ocurre tanto en la segunda generación con respecto a la primera como en la tercera con relación a la segunda. A pesar de esto, pareciera no existir percepción de la reproducción de tradiciones debidas a la continuidad de algunas prácticas que marcan la diferencia entre géneros; sin embargo, en la familia Mendoza-Martínez es posible encontrar diferencias con respecto a otras familias en lo que atañe al respeto y al reconocimiento de conquistas y derechos adquiridos por la

mujer. Lo que en todo caso no implica distinción son las expectativas que guardan los padres con respecto al futuro de sus hijos, expectativas que se enmarcan en un proyecto de vida cuya prioridad está en la continuidad escolar, con el fin de que los hijos se formen para una carrera que asegure una vida digna. En esta familia en particular, el valor de los estudios es reforzado a partir de evidencias concretas.

5. CONCLUSIONES

Las diferentes voces presentes en este trabajo permiten perfilar algunas conclusiones en torno a las narrativas que surgen alrededor de la vida familiar y de las costumbres, los modos de interpretación de la realidad, y el origen de los significados que los miembros de familias populares atribuyen a las costumbres.

El presente estudio muestra diferencias con respecto a las generalizaciones de Moreno (1993, 1995) y de Hurtado (1995a, 1995b), con respecto al matricentrismo o matrilinealidad que puede darse dentro de las familias. Asimismo, a la luz de las narrativas presentadas, puede verse que el carácter “convivial” del hombre popular (Moreno, 1994), en sí mismo, no niega la posibilidad del cultivo de la privacidad y de la vida individual.

La gente narra sus experiencias de vida en familia sin restricciones, con muchos detalles acerca de sus vivencias, de sus experiencias de relación, y de intercambio con los otros. Cuando narra eventos de su vida, lo hace sin establecer marcadas divisiones temporales, pero logra mantener una secuencia en su relato, pese a referirse a diferentes momentos según el énfasis que se quiera dar a los hechos, de acuerdo con la profundidad de las explicaciones que se desea alcanzar y con su competencias lingüística.

En el discurso de los diferentes miembros de cada una de las familias estudiadas se percibe congruencia en lo que atañe a las costumbres de la vida familiar, es decir, a las prácticas de crianza, valores y tradiciones familiares. En líneas generales, la forma como los miembros de las dos familias interpretan la realidad repite esquemas de significados comunes a diferentes generaciones. La diferencia fundamental reside en como los jóvenes pertenecientes a la tercera generación interpretan los cambios en el contexto familiar, ya que estos están convencidos de que los cambios son necesarios en función de las transformaciones histórico-culturales. Se marca aquí un punto de encuentro entre estos resultados y los obtenidos por Luna (2000) con respecto a que la

tradicción de las familias “se ha ido cargando de nuevos discursos” (p. 11), lo que implica que coexistan “nuevos lenguajes, nuevas visiones del mundo” (*ibidem*). En las familias objeto de nuestro estudio también hay una posición distinta en los miembros de la segunda generación, quienes han creado formas propias para la educación de sus hijos, porque —a partir del rechazo a las prácticas que experimentaron con sus padres— desean cambiar las costumbres de vida de la primera generación.

Las costumbres de la vida familiar vistas como experiencias de la crianza y la educación de los hijos, así como los valores que se promueven y cultivan en el seno familiar, son diferentes de una familia y otra, aunque haya elementos comunes que permiten considerar a esas familias como pertenecientes a una misma cultura. Una explicación para esto se puede encontrar en las influencias externas que son afines a todos, a la tradición y a la vivencia de circunstancias similares entre generaciones, al aislamiento y al escaso contacto con contextos diversos, así como al fortalecimiento de las costumbres que se da en el núcleo familiar.

El manejo de la secuencia histórica en las vidas de los miembros de estas familias también presenta diferencias. En la familia González se observa, a través del relato de sus miembros, una referencia central al pasado para planificar el futuro. En las diferentes historias se anticipan los riesgos futuros tomando como medida eventos del pasado; a pesar de ello, los incidentes imprevistos se aceptan sin mayor dificultad. En la familia Mendoza-Martínez las proyecciones y construcciones hacia el futuro se toman del presente concreto o bien se oponen al pasado.

Para todos los adultos de las dos familias la crianza de los hijos no supone diferencia alguna en términos de preferencias afectivas. Por el contrario, sí existe una clara diferenciación en las funciones que deben cumplir los hombres y las mujeres, especialmente en el espacio público: para los miembros de la familia Mendoza-Martínez, por ejemplo, las funciones que se deben cumplir tanto en el espacio privado como en el público son independientes del género, femenino o masculino, creencia que no es compartida por los miembros de la familia González.

La presencia e influencia de la pareja en la crianza son elementos importantes para los hijos; esta convicción nace de circunstancias diferentes como la experiencia, elemento que se ubica más en el pasado que en el presente,

o como parte de idealizaciones que se sitúan en el deber ser más que en los hechos. Tal vez por ello la familia como valor constituye un elemento central en el discurso de todos.

Valores como el respeto, la responsabilidad y la solidaridad son comunes a los dos grupos familiares. En la familia Mendoza-Martínez, el respeto y la responsabilidad ayudan no solo a la consolidación de las normas sino también a la valoración que a estas se otorga, en su cumplimiento por convicción y no por temor a la amenaza o el castigo. Esta postura establece una diferencia con respecto a la familia González.

Un elemento excepcional que aparece en el relato de todos los participantes es el valor que las familias otorgan a los estudios. En la familia González los estudios son más una idealización de acciones a cargo de los personajes de las historias y de la historia familiar que una muestra de realidades vividas por ellos; esto se evidencia especialmente en lo que dice la madre con respecto a sus hijos, y en lo que estos señalan con respecto a su propio futuro. En la familia Mendoza-Martínez las expectativas de los padres con respecto al futuro de sus hijos se enmarcan en un proyecto de vida cuya prioridad inicial es que estos logren formarse para tener una carrera que les asegure una vida digna.

Vivir en el barrio representa para los miembros de estas dos familias una condición que los hace vulnerables frente al contexto, amenazados en sus prácticas y costumbres. El entorno constituye un modelo de fuerza que compite con las costumbres familiares, aun cuando el arraigo de estas provenga de varias generaciones. Para la familia Mendoza-Martínez, que proyecta su futuro desde la consideración de los hechos presentes, salir del barrio es una de las metas que se deben alcanzar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BANISTER, P., BURMAN, E., PARKER, I., TAYLOR, M. y TINDALL, C. (2004). *Métodos cualitativos en psicología*. Guadalajara: Centro Universitario de Ciencias de la Salud.
- BRUNER, J. (1991). *Actos de significado*. Madrid: Alianza
- CEBALLOS, E. y RODRIGO, M. (2001). Las metas y estrategias de socialización entre padres e hijos. En M. Rodrigo y J. Palacios (Coords.), *Familia y desarrollo humano*, (225-243). Madrid: Alianza.
- CÓRDOVA, V. (1995). *Hacia una sociología de los vividos*. Caracas: FET-CEP-UCV.
- FLICK, U. (2004). *Introducción a la investigación cualitativa*. Madrid: Morata.

- GARCÍA, M., RAMÍREZ, G. y ZAMORA, A. (2001). La construcción de valores en la familia. En M. Rodrigo y J. Palacios (Coords.), *Familia y desarrollo humano*, (201-221). Madrid: Alianza.
- HURTADO, S. (1995a). *Cultura matrisocial y sociedad popular en América Latina*. Caracas: Fondo Editorial Tropykos/Consejo de Estudios de Postgrado FACES – UCV.
- HURTADO, S. (1995b). *Trabajo femenino, fecundidad y familia popular-urbana*. Caracas: Universidad Central de Venezuela–Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico.
- LARROSA, J. (1996). *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. Barcelona: Laertes.
- LEWIS, O. (1975). *Antropología de la pobreza*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LEWIS, O. (1983). *La vida*. México: Grijalbo.
- LUNA, M. (2000). Prácticas de crianza en Antioquia. Un estudio en familias campesinas. Medellín: CINDE, Fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano–Ministerio de Educación Nacional.
- MARSHALL, C. y ROSSMAN, G. (1989). *Designing qualitative research*. Newbury Park: Sage.
- MORENO, A. (1993). *El aro y la trama*. Caracas-Valencia: CIP–UC.
- MORENO, A. (1994). *¿Padre y madre? Cinco estudios sobre la familia venezolana*. Caracas: Centro de Investigaciones Populares–CIP.
- MORENO, A. (1995). La familia popular venezolana. En *Curso de formación sociopolítica 15*. Caracas: Centro de Investigaciones Populares–Centro Gumilla.
- NAVARRO, R. (1998). Lo afectivo conversa y dispone. En A. Moreno, J. Bandt, A. Campos, R. Navarro, M. Pérez, W. Rodríguez y Y. Varela, *Historia-de-vida de Felicia Valera*. Caracas: Fondo Editorial CONICIT.
- PALACIOS, J., MORENO, M., e HIDALGO, M. (2001). Ideologías familiares sobre el desarrollo y la educación infantil. En M. Rodrigo y J. Palacios (Coords.), *Familia y desarrollo humano*, (181-200). Madrid: Alianza.
- RECAGNO-PUENTE, I. (2002). Socialización de la adolescente: género, vida cotidiana y embarazo adolescente en familias populares. En I. Recagno-Puente (Comp.), *Educación y familia: proyecciones sociales y educativas*, (77-100). Caracas: Fondo Editorial de la Universidad Central de Venezuela.
- RODRIGO, M. y ACUÑA, M. (2001). El escenario y el currículo educativo familiar. En M. Rodrigo y J. Palacios (Coords.), *Familia y desarrollo humano*, (260-276). Madrid: Alianza.
- RODRÍGUEZ, W. (1998). El trabajo a partir de la historia-de-vida de Felicia Valera. En A. Moreno, J. Bandt, A. Campos, R. Navarro, M. Pérez, W. Rodríguez y Y. Varela, *Historia-de-vida de Felicia Valera*. Caracas: Fondo Editorial CONICIT.
- STAKE, R. (1999). *Investigación con estudio de casos*. Madrid: Morata.
- STRAUSS, A. y CORBIN, J. (2002). *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar teoría fundamentada*. Medellín: Universidad de Antioquia.

TAYLOR, S. y BOGDAN, R. (1990). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Buenos Aires: Paidós.

VALLES, M. (2000). *Técnicas cualitativas de investigación social*. Madrid: Síntesis.